

con entero conocimiento de las absurdidades del Alcorán, conjuró a su señor a que aceptase el cristianismo, el cual se recomendaba también aun por respetos políticos, porque era el único medio de establecer en el imperio *una sola* religión, como quiera que los indos jamás aceptarían la religión de sus opresores, los mahometanos. Ya esperaban los misioneros estar próximos al logro de sus intentos, pues Akbar mostraba el más alto aprecio de la doctrina cristiana; veneraba la imagen de la Virgen Santísima, que Aquaviva le había llevado en nombre del Papa, y llevaba al cuello un agnuscéi. Asimismo se discutió el plan de una embajada a Felipe II y a Gregorio XIII; pero la conversión del gran mogol, que en Roma esperaban con ansia, no tuvo efecto (1).

Aquaviva aguardaba con paciencia; en una relación a su provincial sostenía la opinión de que no se debía abandonar la esperanza de ganar el «corazón de la India», antes que se agotasen todos los medios de que se podía disponer. Pero Akbar permaneció irresoluto en su actitud. Aunque en el fondo era de índole religiosa, con todo su soberbia y su disolución moral formaban un obstáculo invencible para la aceptación de la verdad evangélica. Las numerosas mujeres de su harén y seguramente también respetos políticos impidieron que siguiera el impulso de la gracia. Cuentan que dijo el mismo Akbar, que el cristianismo era demasiado puro, y sus costumbres demasiado corrompidas. No obstante procuró retener a Aquaviva, cuando éste apoyado en el llamamiento de su provincial, pidió volver a Goa. Finalmente el gran mogol permitió su partida a cambio de que prometiesen venir otra vez. Quiso darle antes de que saliese presentes de oro y piedras preciosas, pero Aquaviva los rehusó, alegando su voto de pobreza. Como Akbar persistiese en concederle algún otro favor, Aquaviva solicitó la libertad de algunos esclavos cristianos. Con éstos, como la única conquista de una pesada misión de tres años, volvió Aquaviva a Goa, en mayo de 1583. Los superiores le mandaron ahora a la península de Salsete, donde le cupo en suerte la corona del martirio, ya antes tantas veces anhelada: en julio de 1583 fué asesinado por los indígenas con otros cuatro jesuítas y veinte

(1) Cf. la *relación de Odescalchi, fechada en Roma a 3 de febrero de 1582, *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 18 de febrero de 1582 dirigió Gregorio XIII un breve a Akbar y le exhortó, ne animi motum a Deo profectum deliberationis tarditate prodat. Synopsis, 119.

cristianos. Como en las persecuciones de la primitiva Iglesia cristiana, también aquí la sangre de los mártires produjo abundantes frutos: ya en 1584 fueron bautizados cincuenta catecúmenos, entre ellos uno de los más calificados brahmanes (1).

Igual celo que la Compañía de Jesús en la China y el Japón, desplegaron ya desde 1565 algunos miembros de la sagrada Orden de San Agustín en las *Filipinas*, descubiertas en 1521 y cincuenta años más tarde tomadas en posesión por los españoles. Felipe II apoyó de todas maneras la propagación del cristianismo en este nuevo y valioso dominio; por su deseo los agustinos aumentaron en 1575 el número de sus misioneros con otros veinticuatro religiosos (2).

Después de pocos años a los agustinos se asociaron los franciscanos: en 1577 bajo la dirección del tan docto como enérgico Pedro de Alfaro llegaron a Manila diecisiete hijos de San Francisco. Fundaron allí la Custodia de San Felipe, nombre que Gregorio XIII, que tomó el mayor interés por esta empresa, cambió en 1578 en el de la Custodia de San Gregorio Magno (3).

Como bajo el gobierno de Pedro de Alfaro, que en 1579 se trasladó a la China, así también bajo el de sus sucesores Pablo de Jesús (1580-1583) y Juan de Plasencia (1583-1586), subió rápidamente a un gran florecimiento la obra de las misiones en las Filipinas. Por efecto de los nuevos operarios enviados de España, pudo extenderse cada vez más la predicación del Evangelio, de suerte que en nueve años se convirtieron al cristianismo 250000 indígenas. Estos hasta entonces dispersos en los montes fueron congregados en torno de las chozas de los misioneros, y con esto se formaron pueblos, en los cuales al punto se establecieron escuelas. Cuán cuidadosos eran los misioneros del bien corporal de los habitantes (4) mostráronlo con la erección de hospi-

(1) V. Müllbaur, 101; Gruber, Aquaviva, 227 s., 245 s., 286. Cf. también Suau, Les martyrs de Salsette, Brujas, 1893. Una *Relatione del martirio di 5 padri del Giesù fatto nell'Indie l'anno passato envió Odescalchi el 6 de octubre de 1584 desde Roma al duque de Mantua. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Groeteken, La misión de los franciscanos en las Filipinas, en las Hojas hist.-polít., CXLII, 587 s., y Neher en el Léxico eclesiástico de Friburgo, VI^o, 691.

(3) V. Groeteken, loco cit., y Pérez en el Arch. Ibero-Americano, I, 100 ss.

(4) Cf. P. Eusebio Gómez Platero, Catálogo biográf. de la provincia de S. Gregorio, Manila, 1880.

tales. En 1578 el P. Juan Clemente fundó el gran hospital de San Lázaro de Manila, destinado para leprosos, que todavía subsiste en la actualidad; en el mismo año los franciscanos erigieron también un hospital para los soldados españoles. El P. Lorenzo de Santa María, muerto en 1585 en Cebú, hizo laborables comarcas estériles, conduciendo a la llanura el agua de las montañas por medio de canales, con lo cual fomentó en gran manera la agricultura (1). Los misioneros franciscanos, uno de los primeros entre ellos Juan de Plasencia, compusieron gramáticas del dialecto del país, el tagalo, un diccionario español-tagalo, un catecismo y otras obras religiosas en esta lengua (2).

Para la consolidación del cristianismo en las Filipinas, con la cual se formaba en medio del mundo pagano del Asia oriental un punto de apoyo de suma importancia para la obra de las misiones (3), fué de grandes consecuencias el obispado de Manila, fundado por Gregorio XIII en 1579, para cuya mitra fué nombrado el dominico P. Domingo de Salazar (4), el cual en cuarenta años de actividad en Méjico había adquirido los mayores méritos para con aquellos indios. Por él en 1582 llegaron también los dominicos y jesuítas a las Filipinas, adonde por impulso del Papa y del rey de España se encaminaron en 1581, treinta y tres nuevos misioneros de la Orden franciscana (5). Varios miembros de las dos grandes Ordenes mendicantes unidos con los jesuítas trabajaban también en las Malucas con grande éxito ya desde el pontificado de Pío IV (6).

IV

La provincia jesuítica de las Indias Orientales, además de la India propiamente dicha, las Malucas, la China y el Japón, abarcaba aún la costa oriental de Africa. Allí trabajaban como misioneros en Abisinia los jesuítas desde el tiempo de Paulo III (7).

(1) Cf. P. Marcello de Ribadeneyra, *Historia de las Islas de Archipiélago*, y Groeteken, loco cit., 589 s., 593.

(2) V. Dahlmann, *Lingüística*, 115. Cf. Groeteken, loco cit.

(3) Cf. Biermann en las *Kathol. Missionen*, 1916-17, 53.

(4) V. Gams, 113.

(5) V. Maffei, II, 168; Gulik-Eubel, III, 251; Sacchini, V, 107 s.

(6) V. la relación de Daniel Barbarigo en Albèri, III, 2, 14. Cf. Hahn, *Historia de las misiones católicas*, II, 430 s.; Henrion, *Hist. des miss.*, I, 578 ss.

(7) Cf. nuestros datos de los vol. XII y XIII.

Durante la primera mitad del reinado de Gregorio XIII fué sobre todo el P. Andrés de Oviedo, investido de la dignidad episcopal, quien entre las más difíciles circunstancias desplegó una actividad verdaderamente apostólica, la cual se extendía en primer término a los portugueses y a sus descendientes muy desparramados por el país (1). Cuando este varón santo sucumbió a la fiebre en 1577, tres jesuítas que hasta entonces le habían ayudado, continuaron su trabajo. Con todo por efecto de la hostilidad del rey se hallaron en una situación tan difícil que en 1580 se pensó en dejar la misión (2). Pero Gregorio XIII nada quiso saber de ello; procuró prestar ayuda dirigiendo un breve al rey; pero éste tenía tan hostiles sentimientos, que los jesuítas dudaron si aceptaría siquiera la carta (3). El año 1582 notifican las cartas anuas de la Orden que no había en Abisinia sino dos Padres, que a duras penas podían vivir y hacían acá y acullá alguna conversión; pero que no se debía desesperar, pues frecuentemente envía Dios en la mayor necesidad su poderoso auxilio (4).

En la costa occidental de Africa trabajó durante toda una generación el jesuíta Baltasar Barreira como misionero en Guinea, en el Congo y en Angola, donde ya antes habían ejercido un activo apostolado los franciscanos. En 1582 algunos misioneros de la Orden de los carmelitas descalzos fueron a Guinea, y al año siguiente al Congo; en 1584 el rey de Angola se bautizó (5). En la costa oriental del continente africano la misión de las tribus libres de los bantus, comenzada por los jesuítas a principios del séptimo decenio, habíase frustrado por efecto de la actitud de los colonos portugueses (6). Con el establecimiento de los dominicos en Mozambique en 1577 empezó un nuevo período de la his-

(1) Cf. Bártoli, *Degli uomini e de'fatti della Comp. di Gesù*, I, 4, c. 29.

(2) V. Beccari, *Rer. Aethiopic. Scrip. occid.*, V, 453 s., X, 306 s. Sobre el P. Oviedo cf. nuestros datos del vol. XIII.

(3) V. la relación de Manuel Fernández, de 3 de julio de 1582 en Beccari, V, 328 s.; *ibid.*, 303 s. está la carta en que Gregorio XIII en 1579 exhortó al príncipe Isaac Barnaynes a ajustar la paz con el rey y a unirse con la Santa Sede.

(4) *Litterae ann.*, 1584, 139.

(5) V. Heimbucher, II, 16; Paiva-Manso, *Historia do Congo*, 129 s.; *Précis hist.*, 1895, 470 s.; Streit, I, 87. Cf. Kilger en la *Revista de ciencia de misiones*, 1921, 71 s.

(6) Cf. Kilger, *La primera misión entre las tribus de los bantus*, 1560-1562, Münster, 1917.